

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



¿QUÉ SIGUE? ¡REZAR!?

El Revdo. Andrew F. Kline

Texto del Sermón predicado el Septo Domingo de la Pascua

May 16, 2021

HECHOS 1:15-17, 21-26 | SALMO 1

1 JUAN 5:9-13 | SAN JUAN 17:6-19

Digamos que una relación ha cambiado de manera significativa, permanente, inquietándonos. Una persona se ha marchado. Un trabajo tan alejado. Un mundo se ha detenido. Ha muerto un ser querido. Los niños se han ido de casa. Te has ido de casa. Alguien te traicionó. Decepcionaste, traicionaste, a otra persona.

¿Qué pasa después? ¿Qué sigue, preguntamos? ¡Quizás sea hora de orar!

La Iglesia de todo el mundo celebró la Fiesta de la Ascensión el jueves. La Ascensión de Cristo resucitado a la diestra del Padre marca el final de la Pascua propiamente dicha, el final de la presencia de Cristo con los discípulos en su forma corporal resucitada que duró cuarenta días, y el comienzo de un tiempo de espera por lo que viene después. .

Siempre que queremos estar preparados para lo que viene a continuación, necesitamos imaginación para las posibilidades y una conciencia sobria del pasado. La Ascensión nos permite resumir en una imagen todo lo que nos trajo al lugar, donde, finalmente, no veremos más a Jesús en la carne. Esto incluye, resulta, la necesidad de recordar y sanar el acto de traición de un discípulo que puso en marcha el intento de destruir la memoria misma de Jesús.

Hoy, en nuestras lecturas, recordamos el misterioso papel que juega Judas en nuestra salvación. El que traicionó a Jesús no es olvidado porque sin él no seríamos quienes somos, pecadores perdonados, cobardes perdonados, debiluchos y sí, traidores. Recordamos que se puede perder, que la fe que todos compartimos es frágil. Preguntamos, a la luz de lo que ha sucedido, cómo perseveramos, cómo damos la bienvenida a lo que sigue.

Las primeras comunidades cristianas estaban siendo perseguidas, expulsadas de las sinagogas, luchando entre sí, pero también llenas de devoción y amor abnegado. ¡Habían visto al Señor! Sabían que mantener esta fe requería imaginación y atención a las enseñanzas que Jesús les había dado.

Así, cuando Jesús ascendió de su vista, empezaron a comprender que ahora llenaba todas las cosas. Comenzaron a comprender que, aunque eran vulnerables por todos lados, Dios ahora estaba en condiciones de actuar, sanar, dirigir y protegerlos desde cualquier lugar.

Cuando preguntaron “¿qué sigue?”, Recordaron que Jesús había orado por ellos. Recordaron la oración del Señor. El Padre nuestro. Ellos oraron: “Padre. Venga tu reino; hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo”. También recordaron que Jesús había orado por ellos, especialmente en ese momento crucial de la última noche de su vida.

Todos los evangelios registran que Jesús pasó una poderosa noche de oración en la víspera de su crucifixión. El evangelio de Juan, sin embargo, registra lo que se conoce como la Oración del Sumo Sacerdote. Es una oración, no enseñada, pero escuchada. Revela un plan para prepararse a sí mismo para recibir lo que viene a continuación en el plan de Dios para su vida.

La oración del capítulo 17 de Juan se divide en tres partes. Primero, Jesús ora por sí mismo, para que recuerde quién es mientras Dios recuerda por qué fue enviado al mundo. El primer movimiento de la oración es vernos a nosotros mismos como Dios nos ve, y basarnos en eso, moviéndonos desde allí.

Centrándose en Dios, Jesús pasa a la segunda parte de la oración, que es nuestra lectura del evangelio de hoy. A continuación, Jesús ora por los discípulos, para que ellos también estén protegidos de lo que vendrá al estar basados en las palabras que Jesús les dio. “Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad “.

Esta oración no se centra en ninguna de las enseñanzas de Jesús. Los recuerda y los une a cada observación, dirección o conocimiento que les dio. Son las palabras que los envían al mundo, así como Jesús fue enviado al mundo, empapado de amor. “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo”. Jesús dice ve, y nosotras vamos.

Finalmente, en la tercera parte de la oración, Jesús orará por nosotros. Para aquellos que creerán por su palabra y ejemplo. Aquí es donde se vuelve real. El amor de Dios se derrama sobre el Hijo de Dios, el amor del Hijo se derrama sobre sus hermanos y hermanas, sus amigos que han compartido la vida con él y ahora se derrama en nosotros.

Parece que estamos muy lejos de orar por nuestro pan de cada día. Por pedir no dejarse llevar por la tentación. De nuestra larga lista de necesidades y proyectos. Nos sentimos atraídos, con los discípulos, a escuchar a Jesús orando por nosotros. Que nos plantamos en su amor por nosotros, en su conocimiento de que hemos sido hechos para bien y en el conocimiento que podemos obtener al ser una bendición para los demás.

Los discípulos se habían acercado a Jesús y le habían pedido: enséñanos a orar. Les enseñó la oración del Señor. De esta oración, en la última noche de su vida, que tenemos el privilegio de escuchar, aprendemos a orar, simplemente recordando quiénes somos en él. Aprendemos a orar porque la oración es el primer acto de amor. Rezamos porque no rezar es un acto de traición.

Y lo que más aprendemos en estos diez días entre la Ascensión y Pentecostés, entre la desaparición de Jesús de nuestra vista para llenarlo todo, y la llegada de la primicia de la Resurrección, el don del Espíritu Santo, es que la agenda es rezar.

Por favor, como lo hizo Jesús, ore por usted mismo, para tener una idea de cómo Dios lo ve. Ore por su familia, por aquellos que comparten su trabajo, sus pasiones y proyectos, ore para que vean cómo Dios los ve y los use para ser una bendición para quienes los rodean.

Y finalmente, ora por aquellos que creen por lo que haces hoy, por lo que hacemos juntos hoy, para recordarle al mundo que Dios lo amó tanto, que dio a su Hijo único, que la fe en él, la confianza en él, llevaría a heredando vida eterna, sí, un mundo que no pasará.